

CAPITULO XXV.

Abderrahman III en Córdoba. — Embajada griega. — Severidad del Califa para con su hijo Abdallah. — Muerte de Almuadhaffar. — Ordoño III en León. — Conspiración frustrada de su hermano y Fernan Gonzalez. — Muerte de Ordoño III. — Sancho I el Craso. — Su destronamiento y marcha a Pamplona y Córdoba. — Repónese en el trono Abderrahman III.

DURANTE la tregua de cinco años celebrada con Ramiro II dedicóse Abderrahman como tenía de costumbre en todos los periodos que le dejaban libre las guerras con los cristianos y las rebeliones de sus súbditos, al embellecimiento tanto de la capital como de otras varias poblaciones, entre ellas la famosa Zahara, edificada por él en el año 936 y de la cual las crónicas cuentan maravillas; hoy día no quedan ni aun vestigios de esta ciudad situada al Sur de Córdoba y de cuya existencia habría que dudar si no la testificaran multitud de monedas que en ella se acuñaron y que han llegado hasta nosotros.

En 949 recibió el Califa una nueva prueba de la fama que su nombre había llegado á alcanzar. Constantino VI Porphyrogeneta, sucesor de su padre Leon el Filósofo en el trono de Constantinopla, envió embajadores con objeto de continuar la amistad y buenas relaciones mantenidas entre él y los soberanos de uno y otro país; les recibió pomposamente el árabe en su palacio de Córdoba en presencia de todos los miembros de su familia, de los ministros, los wazires y wazires principales y algunos otros funcionarios de menor importancia, y después de haber recibido favorablemente su mensaje, retuvoles algunos días en la ciudad á fin de que admiraran sus maravillas, tras de lo cual volvíronse á Constantinopla llevando ricos presentes al emperador.

Y no fue solo el hijo de Leon el Filósofo, quien envió embajadores al Califa español; mandáronlos también los reyes de Italia y de Eslovenia, la reina viuda de Carlos el Simple y el conde de Barcelona Suniario ó Sunyer.

Como se ve, el poder de aquel no podía estar en mayor apogeo; sin embargo, un hecho vino á amargar los gozes que esto pudiera proporcionarle. Tenía dos hijos Alhakem y Abdalla, ambos de gran talento y excelentes prendas, de los cuales el mayor había ya sido declarado *alhadí*, sin que su hermano pusiera obstáculo alguno ni se manifestara ofendido, pero uno de sus consejeros llamado Ahmed-ben-Mohamen, ambicioso é intrigante, logró persuadirle de que el pueblo estaba disgustado con la elección de su padre, y dispuesto á alzarse en su favor y pedía que fuera nombrado sucesor en lugar de Alhakem. Ofuscado el príncipe con esto, no solo consintió en dejar hacer á Ahmed cuanto quiso, sino que él mismo trató de ganar á varios wazires y jefes á su partido, uno de los cuales dió parte al Califa de lo que se tramaba, ordenando este en consecuencia á un wazir que sorprendiera de noche el palacio habitado por Abdallah y prendiera á cuantos en él hallara.

Hízolo así el wazir y sorprendió y redujo á prisión al príncipe, á Ahmed y á Sahed al Ward (señor de la Rosa) que fueron desde luego incommunicados. Abdallah confesó desde luego todos sus proyectos, diciendo que las instigaciones de aquel eran las que le habían movido á obrar así, pero que este era completamente inocente, y no obstante la sinceridad de su confesion, las muestras de arrepentimiento que dió y los ruegos de su mismo hermano, fue condenado á muerte en union del pérido Ahmed, quien se suicidó la víspera del día en que había de ejecutarse la sentencia; en cuanto á Abdallah sufrió resignado, intercediendo poco antes de morir en favor de Sahed.

Su suplicio, no obstante la energía y firmeza demostradas por Abderrahman ocasionó á este una gran pena, que se aumentó extraordinariamente con el fallecimiento de su tío Almuadhaffar, ocurrido el mismo año 950.

Era por entonces que Ordoño, hijo de Ramiro II, fue elevado al trono á la muerte de su padre conforme con los deseos de este, aprobados y confirmados por los nobles y grandes dignatarios eclesiásticos, y lo que de sus prendas personales sabíase ya, hacían esperar que su reinado no desmerecería del de su antecesor; así hubiera sucedido en efecto si circunstancias especiales no hubieran venido á paralizar su accion y á oponer obstáculos desde el primer momento que empuñó el cetro.

Veamos cuales fueron estas. Su hermano Sancho ayudado de Fernan Gonzalez, poco escrupuloso en cuanto á guardar juramentos, siquier fueran tan solemnes como el que prestó á Ramiro II, y protegido por su tío el rey de Navarra, alzóse en armas contra él y al frente de sus parciales avanzó hácia León con ánimo de apoderarse de la ciudad, mientras el conde con los suyos verificaba el mismo movimiento por distinto lado.

Pero no obstante sus precauciones no lograron sorprender á Ordoño, y atemorizados al ver las imponentes medidas de este, resolvieron mantenerse pacíficos y disolviendo sus fuerzas regresaron el uno á su condado y el otro á Burgos, de donde era gobernador. No tomó resolución alguna contra su hermano ni contra Fernan Gonzalez el Monarca, pero sí irritóle extremadamente la parte que en el complot había tenido el navarro, su tío y suegro, y cual suele acontecer con frecuencia, su cólera vino á recaer en una persona inocente como era su esposa Urraca, á quien tomando por pretexto su impotencia, repudió, y contrajo segundas nupcias con una hija de Gonzalez, conde de Asturias, llamada Elvira.

Poco tiempo después de este suceso, una rebelion de los gallegos le forzó á reunir apresuradamente un numeroso cuerpo de tropas y marchar contra los sediciosos á quienes no tardó en sujetar; vién-

dose ya sin enemigos á quienes vencer en el interior y al frente de considerables fuerzas, marchó á buscarlos fuera de sus dominios é invadiendo la Lusitania, se internó hasta la embocadura del Tajo y después de haber entrado á saco á Lisboa y otras poblaciones, regresó á León lleno de gloria y de despojos.

A punto estuvo de costarle cara su atrevida excursion, pues deseosos de vengarse los árabes, penetraron á su vez en Castilla y entráronlo todo á sangre y fuego hasta las mismas puertas de Burgos; mas el peligro hizo desaparecer el resentimiento que pudieran existir entre Ordoño y Fernan Gonzalez, y juntándose las huestes leonesas y castellanas marcharon á rechazar la agresion, consiguiendo hacer retroceder á los infieles con tanta premura, que hubieron de dejar en su poder multitud de tiendas, armas y caballos, y no pocos prisioneros.

Al año siguiente, ó sea en 955, preparábase Ordoño á medir una vez más sus armas con las de los musulmanes, cuando se lo impidió una enfermedad que le llevó al sepulcro el mes de agosto del propio año, á los cinco y medio de su elevacion al trono, dejando de su segunda mujer un hijo llamado Bermudo, quien tal vez por su tierna edad fue postpuesto á su tío Sancho que al fin vió así colmadas sus aspiraciones.

Sancho I rey de León pagó con creces las faltas del ambicioso hermano de Ordoño III, pues aunque los primeros meses de su reinado pasaron sin contratiempo alguno, en 956 el veleidoso conde de Castilla, favorecedor de todo aquello que pudiese contribuir á debilitar y menguar el poder de sus legítimos soberanos, en lo cual no dejaba de llevarse particulares miras, así como antes se había declarado por Sancho contra Ordoño III, declaróse ahora por un hijo de Alfonso IV el Monge y de su mujer Iníga, llamado también Ordoño, contra su antiguo protegido; este Ordoño había tomado por esposa á Urraca la hija de Fernan Gonzalez, repudiada por el Monarca anterior, y mas afortunados esta vez los rebeldes, gracias á haberse vendido á ellos gran parte de las tropas de Sancho, obligaron á este á cederles el campo y huir precipitadamente á Pamplona, con lo cual quedó Ordoño por dueño de la corona de León.

Refugiado Sancho en los estados de su tío García, demandóle auxilio para recobrar el poder de que había sido desposeído, y este no atreviéndose á entrar en guerra con Ordoño IV, aconsejó á su sobrino que pasara á Córdoba, pues Abderrahman III podía mucho mejor facilitarle los medios para ello; siguió aquel el consejo, si bien aparentando no tener otro objeto que ponerse en manos de médicos árabes que le curaran su obesidad, á la que debió el sobrenombre de *el Craso*, y correspondiendo el Califa á la confianza con que había penetrado en sus dominios, recibióle obsequiosamente y le dió inteligentes facultativos que, según las palabras del cronista Sapiro «quitaron la crasitud de su vientre y le volvieron á la ligereza y agilidad primeras.» Durante el tiempo de su cura supo darse tal maña á conquistar el afecto de Abderrahman y otros muchos ilustres personajes, que cuando abiertamente manifestó sus pretensiones, sin dificultad alguna fueron aceptadas y en breve un ejército árabe puesto á su disposición, probó que no habían sido vanas palabras las promesas del Califa.

En los tres años que habían transcurrido entre este suceso y el destronamiento de Sancho, su afortunado rival, Ordoño IV, había hecho de tal modo aborrecible, aun á los suyos mismos por sus tiranías y vejaciones, que públicamente le daban los denigrantes epítetos de *el Malo* y *el Intruso*; así es que aquel penetró en territorio cristiano y llegó hasta León sin hallar casi resistencia alguna, al mismo tiempo que García de Navarra al ver decidido al Califa en favor de su sobrino, animóse á ayudarle, é invadía el condado de Castilla.

Tocóle á su vez á Ordoño huir presurosamente de la capital del reino, mas hízolo con tales muestras de cobardía que acabó de enajenarse las simpatías que aun pudiera tener, y Sancho prosiguió su marcha que podemos llamar triunfal teniendo que emplear la fuerza en contados puntos. El *Intruso* dirigióse á Burgos esperando que su suegro le prestaria socorro, pero este había sido vencido y hecho prisionero por García en el pueblo de Cirueña, y leales los burgaleses á su legítimo soberano, obligáronle á dejar la población mas apoderándose de su mujer y de sus dos hijos; entonces Ordoño, pasó á territorio musulman y entre los árabes de Aragon vegetó oscuro y miserable hasta su muerte, que ni aun se sabe en que lugar acació.

Vése aquí de una manera palpable la mano de la Providencia. Sancho que llevado de su impaciencia había intentado despojar á su hermano del trono, purga su falta no solo con el mal éxito de sus tentativas, sino viéndose él mismo despojado de la corona cuando legítimamente la ceñía; pero el nuevo usurpador no podía tampoco quedar impune tanto de este delito como de los que en los tres años que ejerció el poder cometió, y purgada bastantemente la falta de Sancho con la temporal privacion de su autoridad, recóbrala luego y Ordoño IV sufre la pena del talion, tiene que huir nuevamente de León y Burgos, y por último va á morir oscuro é ignorado entre los compañeros de los auxiliares de su rival, entre los árabes de Aragon.



ABDERRAHMAN III RECIBE AL EMBAJADOR DE OTHON I.

CAPITULO XXVI.

Ultimos hechos de Abderrahman III. — La embajada de Othon I el Grande. — Muerte de Abderrahman. — Juicio general acerca de su reinado.

MIENTRAS los soldados de Sancho proseguían su marcha triunfal por los dominios de este, derrotando y abatiendo á sus enemigos, un hecho notable y curioso tenia lugar en Córdoba. Para dar cuenta de él es necesario que retrocedamos un poco.

Habia enviado el Califa años atrás un mensaje á Othon I de Alemania, en el cual, segun costumbre de los árabes, ensalzábese su religion, declaraban su mayor perfeccion que la cristiana y la proteccion que Allah daba á aquellos contra los infieles. Esto hubo de sonar mal en los oidos de Othon, y si bien queriendo retardar una ruptura que le parecia inevitable, retuvo tres años á los mensajeros, al cabo de ellos les dejó marcharse, y á su vez escribió á Abderrahman una carta injuriando á la religion mahometana y ensalzando la católica; para llevarla se ofreció espontáneamente un monje llamado Juan, de la abadia de Gorza, sin temer los efectos de la cólera del Califa, ó quizá por esto mismo, y en compañía de un compañero suyo, de nombre Garamanno, vino á España y fue recibido por aquel perfectamente: le señaló como punto de residencia una casa situada á dos millas del palacio, y le previno que ya le avisaria cuando habia de hacer la recepcion solemne y admitir el mensaje de su señor.

Pasó el tiempo, y Juan y su compañero seguian en la mansion que les habia sido designada, muy cuidados y obsequiados, pero sin recibir el aviso para presentarse en palacio y desempeñar su cometido: extrañóles esto, y preguntada la causa se les contestó que su señor habia tenido tres años á los embajadores musulmanes, y ellos, antes de dar cuenta de su comision tenian que esperar el triple, ó sean nueve años. Chocóles mucho esta respuesta, mas presto pudieron darse cuenta de ello.

Un enviado de Abderrahman fué á decirles que este sabia que la carta de Othon contenia frases injuriosas á su religion, y como el Coran ordenaba expresamente que los autores ó cómplices de insultos contra el mahometismo fuesen condenados á muerte, ya que no le era posible faltar á este terminante precepto, ni su pueblo, sabedor ya en parte del hecho se lo hubiera permitido, ó continuar dando largas al asunto, ú obtener de Juan que no presentara la carta citada, en cuyo caso seria desde luego admitido á su presencia. La contestacion del monje fue, que su deber era cumplir el encargo de su señor tal como le habia sido ordenado, y por lo tanto, ó le llenaria en todas sus partes, ó no se presentaria en palacio.

Interesado Abderrahman por esta firmeza, y deseoso de evitar el cumplimiento del sanguinario precepto, envió de nuevo á un obispo mozárabe para hacerle desistir de su intento, pero no obtuvo tampoco mejor suerte, pues sobre negar nuevamente Juan á los deseos de aquel, acusó á éste y á los demás mozárabes, nombre, que como sabemos, se daba á los cristianos sometidos á los infieles, de su cobardía en vivir sujetos á gentes enemigas de su religion.

La entereza del monje empeñó mas y mas al Califa en su favor, y dejando transcurrir aún algun tiempo mas, tornó á indagar si se hallaria mas dispuesto á acceder á sus deseos, recibiendo en consecuencia una nueva repulsa. Empleó entonces las amenazas, y envióle á decir que si insistia en su resolucion, no solo él pereceria, sino que daria un decreto de persecucion contra los cristianos de sus dominios, y sobre él recaeria la responsabilidad de los daños que á estos se seguirian: la respuesta fue, que no podia ser responsable un enviado de las consecuencias que produjera el cumplir las órdenes de su señor, y por lo tanto insistia en ejecutar puntualmente las que habia recibido.

En vista de esto, y viéndose amenazados los cristianos por esta resolucion, intercedieron algunos con Juan; pero lo único que de él pudieron obtener fue que propusieran al Califa el envío de una nueva embajada á Othon pidiéndole permiso para que él pudiera dejar de presentar la desdichada carta, causa de tantas idas y venidas: accedió Abderrahman á ello, cada vez mas prendado de semejante inflexibilidad y constancia, y en consecuencia encargó la comision á varios que con pretextos distintos la rehusaron; no le desanimó esto, é hizo saber que al que de ello quisiera encargarse le serian concedidos innumerables beneficios. Entonces se ofreció á ello un lego llamado Recenmudo, hombre muy instruido, con la sola condicion de que se le concediera la silla episcopal de *Illeberis*, vacante á la sazón, cuya condicion le fue suscrita inmediatamente.

Marchó, pues, á Alemania, y hallando en Francfort á Othon expúsole el objeto de su venida; este, deseoso de librarse de las piraterías y rapiñas que continuamente cometian en sus dominios los árabes, no solamente accedió á que su carta no fuera presentada, si que despachó nuevos embajadores á Abderrahman con encargo de negociar un tratado de paz y ofrecerle su amistad.

A todo esto ya corria el año 939, á pesar de que llegados en junio á Córdoba, los nuevos enviados presentáronse inmediatamente al Califa, negóse este á recibirles antes que á Juan de Gorza, y envióle á buscar: pero aun el negarse el benedictino á presentarse en palacio con otro traje que el habitual de su Orden ofreció algunas dificultades, zanjadas al fin por la condescendencia del Califa, que al saberlo exclamó: «Que venga como quiera, aunque sea envuelto en un saco, si así le place, pues no por esto dejaré de recibirle bien.»

Y en efecto, el dia señalado para la recepcion las tropas árabes cubrian la carrera desde el palacio hasta la casa de Juan; el atrio del alcázar estaba cubierto de ricas y costosas alfombras, y el poderoso Califa recibió al humilde monje rodeado de los principales dignatarios de su corte, concediéndole el raro y solicitado honor de besar la palma de su mano y sentarse en un sillón junto á su trono, y quedando tan prendado de su conversacion, que no le dejó retirarse sin prometerle que de nuevo y á menudo habian de verse; realizóse esto así, y tras varias conferencias entre ambos, tornóse Juan á su país, satisfecho del buen desenlace de su comision, quedándole tambien su señor de ella y el Califa de haber conocido y tratado á una recomendable y extraordinaria persona.

Otro suceso ocurrido por el mismo tiempo nos obliga igualmente á recordar hechos ya mencionados.

Empeñado, como dijimos, Abderrahman en sostener en África el poder de los Edrisitas contra los Fatimitas, sus mas poderosos enemigos, habia finalmente ajustado con el último descendiente de aquellos, un convenio, por el cual este se vino á residir en la Península, cediéndole cuanto pudiese arrancar de manos de estos; en consecuencia habia mandado nuevos ejércitos á las órdenes de su *hadgib* Amed-ben-Said, que no solamente mantuvieron á Fez por el Califa, sino que extendiendo sus conquistas se apoderaron de Tunez, donde hallaron fabulosas riquezas; pero estos progresos irritaron al Fatimita Moad-ben-Ismael, quien reuniendo un considerable número de tropas púsolas á las órdenes de *Gehwar el Rumi*, y este, vuelto ya Ahmed á Córdoba, derrotó y dió muerte al wali, dejado para gobernar en nombre de Abderrahman el país conquistado, y avanzando en otros varios encuentros llegó hasta á poner sitio á Fez, que cayó al fin en su poder; sufriendo despues la misma suerte todas las ciudades del Almagreb, excepto Tánger, Ceuta y Tlemcen.

Tocóle á su vez encolerizarse al Califa cordobés, y enviando nuevas tropas recobró todo lo perdido y volvió á quedar señor y dueño de todo el Almagreb. A esta expedicion ya no asistió ben Said, porque hacia poco tiempo que su muerte habia venido á aumentar la amargura del corazon de Abderrahman, lacerado aun por las pérdidas sucesivas de su hijo Abdallah y su tío Almuahaffar.

No tardó mucho en seguir á su leal y sábio *hadgib*, pues el dia 13 de noviembre del año 961, uno despues de estos sucesos, exhaló el postrer suspiro en Medina Zahara, al cabo de mas de medio siglo de un reinado el mas glorioso que registran los fastos de la historia de los Omníadas.

Príncipe fue Abderrahman de gran corazon, tan valiente como generoso en lo general; tan apto para sujetar á sus rebeldes súbditos de Sierra Elvira y de Toledo y guerrear con competidores tan valientes cual Ordoño II y Ramiro II, como para conversar y discutir con los sábios y literatos en su palacio.

El auge que alcanzó su reino y la fama de su nombre, pruébanlo las numerosas embajadas que de Oriente, Italia, Esclavonia y Alemania recibió: su valor lo acreditan los triunfos que sobre cuantos súbditos desconocieron su autoridad obtuvo, si bien debiólos en gran parte á los esfuerzos de su tío Almuahaffar; y fue fortuna para los cristianos el tener monarcas tan denodados y espertos cual los Ordoños y Ramiros, pues seguramente de ser débiles, indolentes ó incapaces, sufriera gran quebranto y menoscabo el reino de Leon con enemigos como el tío y el sobrino. La generosidad de este y sus buenos sentimientos pruébanlos tambien la conducta generalmente observada con los rebeldes que se le sometian y la que siguió con Sancho I y con Juan de Gorza.

Mentira parece que el mismo Califa, que tan generoso estuvo en Jaen, Zaragoza y Toledo, que tanta proteccion dispuso á las letras y las artes, reuniendo en su corte cuanto de mas sábio é ilustrado existia, oscureciera su gloria con manchas cual el suplicio de Pelayo, el sobrino del obispo Hermogio, dejado por este en rehenes hasta pagar su rescate cuando en 921 fue hecho prisionero en la batalla de Valdejunquera, y de cuyo hecho vamos á dar cuenta á nuestros lectores.

Fue el caso, que no pagando Hermogio el rescate, continuó Pelayo encarcelado hasta 925, á cuya sazón, y teniendo solo catorce años, demostraba ya tan peregrino ingenio que le hizo llamar el Califa á su presencia, y prometiéndole grandes recompensas si queria abjurar el Cristianismo: irritado con esto Pelayo, y aun mas exacerbado, al decir de algunas crónicas, con otras proposiciones nada decorosas, arrojóse sobre él intrépidamente y le golpeó el rostro insultándole y denostando su religion.

Esto dió lugar á que fuera juzgado y condenado á muerte, sufriendo la horrible de ateneamiento con un valor tan heroico é increíble, que le ha valido ser colocado en el número de los Santos: su cuerpo fue luego arrojado al Guadalquivir.

Fuera de este hecho, que tuvo lugar el dia 25 de junio de 925 y algunos otros mas disimulables, nada empañó el brillante reinado de Abderrahman III, á pesar de lo cual, segun un escrito que se halló despues de su muerte, en los setenta y dos años que duró su vida, solo catorce dias disfrutó de una felicidad sin amargura.



EL OBISPO SISNANDO RECOPRA LA SILLA DE COMPOSTELA